

OPINIÓN

Cartas al director

El pasado es tozudo

Empiezo a estar un poco harto de que se culpe a Google de todos los males del mundo, aunque tampoco defienda su posición de *quasimonopolio*. En la entrevista con desayuno (EL PAÍS, 22 de marzo) el entrevistado pletica contra "un gigante de Internet", lo cual no puede dejar de provocar la empatía del lector. Pero el problema es que el buscador lleva a una página de un periódico en la que se cita algo que no le gusta, aunque fuera verdad en el momento en el que se publicó. Esta información es asequible por cualquiera que revise la hemeroteca, pero el gran pecado de Google es hacerla más fácil de hallar. O sea, en plan Orwell, hay que reescribir la historia cuando no nos conviene. Lo que habría que eliminar, según este razonamiento, es la hemeroteca antes que el sistema electrónico que facilita su consulta. Por ejemplo, si un político es encausado y juzgado y después se le declara inocente, ¿puede solicitar que se destruyan todas las noticias que hablen de su procesamiento?

El asunto es peliagudo, pero el pasado es tozudo y no por dificultar su acceso vamos a modificarlo. Entiendo que fastidie que aparezcan este tipo de noticias al buscar una persona concreta, pero esto no es un problema del buscador, es que la noticia existe o ha existido, y es el individuo que realiza la búsqueda el que tiene que "filtrar" la información en vez de pretender eliminarla como si no hubiera existido nunca.— **Juan Doménech Oliva**, Barcelona.

La verdadera sanidad es pública

Hay debate. Quizás deba haberlo. Pero ante todo, hay que conocer cómo es la realidad. Voy a

Mientras haya historias que contar

Corren tiempos difíciles para el periodismo. La revolución digital y el auge de las redes sociales están obligando a revisar los cimientos de la profesión más bonita del mundo.

Hay quien habla de la muerte del periodismo, pero yo me pregunto: ¿Acaso la gente va a dejar de informarse? No, no y no, la respuesta es un contundente no.

De hecho, el éxito de estas redes se basa en la imperiosa necesidad que tenemos de consumir información; cuanta más mejor. No se entendería si no el éxito mundial de Twitter. Pero ante esta situación surge la siguiente pregunta: ¿De verdad pueden las redes sociales y el periodismo digital —inmediato, gratuito— sustituir al periodismo tradicional? Otra vez, la respuesta es no. La figura del periodista se hace ahora indis-

pensable. Ante la gran marea de información que Internet nos proporciona, ha de ser el guía del público. El periódico convencional también ha de formar parte del futuro, ya sea en papel u otro soporte. Tiene que ser la fuente que proporciona información contrastada y contextualizada. Periódico y periodista han de elevar su calidad para poder sobrevivir en estos tiempos.

El periodismo tiene un futuro difícil y brillante a la vez. Esta crisis, que no es solo económica sino de contenidos también, va a obligar al sector a hacer autocrítica. De esta situación, *a priori* desfavorable, va a nacer un periodismo renovado y de calidad, porque como dice Javier Reverte: "Mientras haya historias que contar y haya gentes dispuestas a contarlas, habrá periodismo".— **Bruno Pardo Porto**, O Grove, Pontevedra.

El último héroe romántico

Esta carta es un humilde homenaje, un modesto brindis a uno de los más entrañables perdedores de los últimos tiempos. Peter Buckley acaba de retirarse. Probablemente, como a mí hasta estos días, su nombre no les diga nada y en este hecho se resume la grandeza de su gesta. Buckley ha sido proclamado, tras haber colgado los guantes, con el dudoso título de "el peor boxeador de todos los tiempos". Libra a libra añadiría yo. Tras 20 años de carrera ha acumulado 256 derrotas, 12 nullos y 32 victorias. Resultará muy difícil superar este récord. En estos tiempos donde nuestros ídolos conducen coches deportivos sin carné, en los que solo se prima el éxito, este limitado boxeador se ha convertido en el último de los héroes románticos. Pocos serán los que puedan disputarle el título de campeón de la constancia, la humildad y el tesón. Dicen de él que era buen encajador. Y tanto. Confiesa en una entrevista que para él no había nada tan estimulante como volver al gimnasio a entrenarse, tras la enésima derrota, con la ilusión de una nueva oportunidad, con el sueño de ser algún día un campeón. Señor Buckley, ha entrado usted por derecho y KO técnico en mí particular *hall of fame*. Esta tarde brindaré por usted, y si por casualidad después alguien me ve haciendo sombras, que sepa que son en su honor.— **Enrique Álvarez-Santullano Fontaneda**, Oviedo.

Los textos destinados a esta sección no deben tener más de 200 palabras (1400 caracteres sin espacios). Es imprescindible que conste el nombre y apellidos, ciudad, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas. No se devolverán los originales no solicitados, ni se dará información sobre ellos. CartasDirector@elpais.es

compartir la mía. Por la mañana cumplía un sueño profesional, ser titular de universidad. Por la tarde, un sueño personal iba camino de un inesperado contratiempo. A mi embarazo de ocho meses le diagnosticaron uno de los miles desajustes que pueden hoy diagnosticarse a tiempo. En la confirmación del diagnóstico pude comprobar el carácter formativo de los hospitales públicos y su regla de tres: la gravedad de un diagnóstico es directamente proporcional al número de médicos residentes que acuden a él, hasta 14 llegué a contar. Con el diagnóstico, un consejo "olvidate del confort de una clínica privada. Tienes un problema gordo y estos problemas se solucionan, sobre todo, en la pública". Mi bebé necesitaba un trabajo fino de bricolaje, manos expertas, dedicadas, sin otro interés que sanar. Necesitaba profesionales excepcionales con conocimientos, destreza, entrega, humanidad, seguridad, comprensión, sonrisas. Profesionales que se encuentran con todo tipo de problemas y de personas, sobre todo angustiadas, pero también malhumoradas, ofuscadas, desquiciadas, desgraciadas, maleducadas... A

las que hay que atender, por encima de todo.

Mi hijo tiene ya 32 meses y está sanote y feliz. Y nosotros, además, inmensamente agradecidos. Cada uno vive sus propias experiencias, unas veces toca indignarse, otras mostrarse agradecidos. Esta carta es, ante todo, eso: reconocimiento, admiración y agradecimiento a todos los profesionales de un hospital público como el Vall d'Hebron, en Barcelona. Y a un sistema sanitario, el público, que está para todo. Como tiene que ser. Como tiene que seguir siendo.— **Cristina Andrés-Lacueva**, Barcelona.

Desmotivación del profesorado

Soy el esposo de una profesora y quiero denunciar las presiones que sufren algunos profesores que intentan hacer su trabajo lo más dignamente posible. Profesionales que acuden cada día a sus institutos deseando transmitir conocimientos al alumno, tarea ardua y complicada en los tiempos que corren.

La desmotivación del profesorado es patente (es el colectivo

de más bajas laborales por depresión), debido a la falta de respeto de los alumnos, la desposesión de autoridad promovida por las leyes, así como ser la diana favorita de los padres que tienen hijos tarugos. Ya solo faltaba que algunos equipos directivos de los centros presionaran a los docentes para influir en las calificaciones, con esto cerramos el círculo y, en estas condiciones, no me extraña que el camino hacia el Prozac esté garantizado.

El resultado perverso de esta concepción es la frustración, decepción y desmotivación de aquellos buenos alumnos que observan que su esfuerzo y disciplina no son recompensados y se equiparan a la vagancia de otros compañeros. Aparte de ser un claro agravio comparativo y un atentado a la igualdad y al esfuerzo de los alumnos que estudian, pedirle a un profesor que le suba la nota a alguien que ha sacado un cero es pedirle a un profesional que cometa un delito llamado prevaricación. Pero tal vez para los que nos gobiernan eso no tenga importancia, ya que lo que hoy luce son las apariencias en lugar de la esencia.— **Luis Fernández Cabañas**, Sevilla.

Seis razones para una regulación del 'lobby'

VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR
a limitar su capacidad de influencia. Uno de los argumentos que más echan para atrás a muchos es aquel que establece que si regulamos los lobbies, estaremos abriendo las puertas del templo a los mercaderes, permitiendo que las grandes corporaciones y los más poderosos grupos de presión tengan el camino expedito para medrar con los poderes públicos en su propio beneficio. Pero es un argumento cínico y falso. Porque en ausencia de esa regulación, sucede que esos grupos de presión y grandes empresas ya son capaces de ejercer su influencia ante los poderes públicos. Simplemente ocurre que como no hay regulación, no tenemos herramientas para controlar ese proceso. La solución no pasa por esconder la cabeza ante la reali-

dad de que en España se practica el lobby, sino intentar dotarnos de herramientas que lo supervisen. Regular el lobby no va a servir para evitar la capacidad de influencia de los lobbies, pero al menos sí que va a introducir una transparencia al proceso de la que aquí hasta ahora carecemos por completo.

La regulación de los lobbies beneficiaría más a los que menos acceso tienen. Asociado al argumento anterior, se suele aducir que la práctica del lobby solo está al alcance de los más poderosos, aquellos con los suficientes recursos como para dedicar personas, medios y tiempo a tratar de influir en los poderes públicos. Y sin embargo, es justo al revés. Porque los poderosos no necesitan una regulación para garantizar su acceso a los políticos, y en cambio, los menos poderosos sí se podrían ver muy beneficiados. Si un secretario de Estado estuviera obligado a hacer públicos todos los contactos que ha tenido a la hora de realizar una legislación sobre hipotecas, y se viera que se ha reunido cinco veces con el presidente de la AEB, y ninguna con la Plata-

forma de Afectados por la Hipoteca, la ciudadanía tendría elementos de presión para forzar a que se escucharan al menos los argumentos de todas las partes.

Cada vez va a haber más lobby. Por dos motivos. Por un lado, porque los ciudadanos españoles poco a poco están comprendiendo que no basta con votar cada cuatro años y acudir a alguna manifestación, sino que

El ciudadano tiene derecho a conocer quién pretende influir en el poder

es necesario estructurar canales de participación de la sociedad civil en la política, porque están comprobando que hoy en día si no haces política, te la hacen. Por otro lado, la crisis económica provoca que la tarta a repartir entre los distintos grupos de presión haya menguado considerablemente, y eso significa que no todos los que antes recibían su porción del poder ahora lo

van a poder mantener; lo cual, inevitablemente agudiza su necesidad de establecer vínculos cada vez más estrechos con este.

Los PIGS de la opacidad. El lobby está regulado en EE UU desde 1946. Existe igualmente desde hace años una regulación sobre la materia en la Unión Europea, que se ha reforzado recientemente, y lo mismo se puede decir de prácticamente todas las democracias avanzadas del continente europeo. Solo unos pocos países vecinos cuentan con semejante ausencia de regulación en este terreno: Grecia, Italia, Portugal... ¡también en esta cuestión queremos significarnos respecto de nuestros socios comunitarios!

Por todo ello, considero llegado el momento para abordar, de una vez por todas, una regulación integral de los lobbies en España. Dicha normativa, por lo demás, no debería quedarse en un mero enunciado cosmético destinado a dar satisfacción a los que ya tienen garantizado su acceso a los poderes públicos, sino que deberíamos aprovechar la oportunidad y desterrar para siempre la opacidad

en el terreno de las relaciones entre grupos de presión y poderes públicos.

Sinceramente, yo sigo siendo escéptico sobre que seamos capaces, de un día para otro, de implantar en nuestro sistema político la cultura de la transparencia con que se opera en otras latitudes. Pero que sea difícil no quiere decir que no deba intentarse, porque es absolutamente necesario avanzar hacia una mayor transparencia en el proceso de toma de decisiones públicas. Hacer públicas las actividades de aquellos que pretenden influir en el Gobierno y el Parlamento no debería ser más que el ejercicio del derecho público de los ciudadanos a tener conocimiento de los asuntos públicos. En las relaciones entre los lobbies y los poderes públicos, todo aquello que se pueda hacer ha de poder contarse. Y si algo no se puede contar, es que no debería hacerse.

Juan Francés es periodista. Ha sido jefe de prensa de José Manuel Campa, secretario de Estado de Economía desde mayo de 2009 hasta diciembre de 2011.